

Ahora invirtamos en las personas



WIM KOK

Ex primer ministro de los Países Bajos y presidente del Club de Madrid

Las personas son nuestro mayor recurso. Son ellas quienes crean riqueza en forma de bienes y servicios

En estos momentos el mundo se aleja lentamente de la peor de las recesiones económicas, pero la recuperación es aún muy frágil y su legado permanecerá por muchos años. Es urgente por tanto aprender de lo que nos condujo a la crisis y de cómo respondió el mundo ante ella.

Hay lecciones que debemos aplicarnos respecto al sistema financiero —especialmente sobre su regulación, gobernanza y los riesgos que implica—. Pero hay otra lección que ya deberíamos haber aprendido: las personas son nuestro mayor recurso. Son ellas quienes crean riqueza en forma de bienes y servicios. Si se sienten económicamente seguras pueden comprar e intercambiar excedentes. No podemos ignorar la contribución de los que desde trabajos mal pagados, en principio menores, contribuyen a mantener en pie el edificio de la economía. Necesitamos invertir en las personas.

Sin embargo, a menudo ignoramos a grupos enteros por sus diferencias étnicas o religiosas, porque tienen alguna discapacidad, por su clase o su género. Y así no podemos mantener unido el tejido social. Cuando no somos capaces de capitalizar nuestra diversidad perdemos potencial y perjudicamos no sólo a los grupos y personas que son marginados, sino a toda la sociedad.

Parece oportuno que, ahora que estamos saliendo lentamente de la peor recesión, estemos entrando en el Año Europeo contra la Pobreza y la Exclusión Social. En el Club de Madrid que presido, antes incluso de que comenzase la crisis, nos preocupamos por conocer la relación que hay entre la superación de las divisiones sociales y el desarrollo económico. En nuestro esfuerzo por promover un liderazgo que gestione la diversidad de forma efectiva —en lo que llamamos el Proyecto por una Sociedad Inclusiva— hemos escuchado a líderes y economistas afirmar que resulta rentable invertir en la inclusión social. Están, por tanto, argumentando a favor de una sociedad inclusiva, de la que todos sus habitantes se sientan parte, valorados y como en casa, donde los que son distintos se sientan seguros. Durante el año 2009 nos centramos en las dimensiones políticas de la crisis y ha resultado aún más evidente que es necesaria una mayor inversión de recursos y de capital político en inclusión social. Porque ésta no sólo genera comunidades más estables y pacíficas. También tiene sentido económicamente hablando. El economista y epidemiólogo Richard Wilkinson y la antropóloga Kate Pickett, en su libro *Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, presentan un argumento muy convincente: la sociedad se beneficia económicamente cuando hay menos desigualdad, desventajas y marginalización. Incluso quienes habitan los barrios más opulentos, en los que no tienen que lidiar directamente con la pobreza y la conflictividad, gozan de una mejor calidad de vida y viven más años si su país se caracteriza por una mayor igualdad. En un artículo encargado por el Club de Madrid, Roberto Foa y Steen Jorgensen presentaron datos que muestran cómo aquellos países que

presentan mayores tasas de confianza social también tienen los mayores índices de crecimiento económico —al menos, antes de la reciente debacle financiera—. Será interesante ver si las sociedades socialmente más inclusivas también se recuperan más rápido de la crisis.

Algunas de las razones que lo explican son obvias. Si marginamos secciones enteras de la sociedad, éstas no pueden contribuir al crecimiento del conjunto. En los países en los que existe tensión entre las distintas comunidades, la respuesta habitual es un mayor gasto en seguridad y policía, lo que detrae recursos de otras actividades más productivas.

No debería ser necesario argumentar estas ideas. Son evidentes por sí mismas. Sin embargo, con frecuencia los líderes y las comunidades tienden a eludir las diferencias, que luego se transforman en hostilidad.

Los prejuicios y estereotipos se apoderan de nuestros pensamientos de forma que, ante cualquier problema, sobrevaloramos y justificamos nuestra forma de actuar y condenamos y usamos como chivos expiatorios a aquellos que son distintos. Esta dinámica puede rastrearse en la historia de muchos países étnicamente mixtos. Ahora que la población se mueve más que en el pasado, muchos países antes homogéneos están sufriendo tensiones raciales. Mi propio país, los Países Bajos, está intentando definir cómo coexistir con inmigrantes económicos de distintas culturas. España ha sufrido tensiones entre comunidades que llevan mucho tiempo conviviendo en el país y, recientemente, con nuevos inmigrantes de África y América Latina.

¿Cómo superamos esta tendencia a la división entre “ellos” y “nosotros”? ¿Cómo podemos aprender que la cooperación es preferible al conflicto? Tenemos que integrar esta idea en el discurso dominante en el mundo y rechazar todo aquel que apele a la exclusión y promueva la división. Tenemos que aprovechar el Año Europeo para promover valores inclusivos y la idea de una sociedad más cohesionada. En 2009 tuve ocasión de intervenir ante la Comisión de Naciones Unidas para el Desarrollo Social, que también está afrontando la promoción de la integración social. El Club de Madrid ha promovido un llamamiento a la acción que ha recibido el apoyo de nuestros miembros —75 ex jefes de Estado y de Gobierno de 55 países—, además del de Nelson Mandela, Kofi Annan, Javier Solana y Sonia Gandhi, y ciudades como Córdoba, Rotterdam y Estocolmo.

Estos llamamientos son importantes, pero no suficientes. Necesitamos voluntad política por parte de los líderes actuales. Tenemos que hacerles ver, tan gráficamente como sea posible, el creciente coste y el daño que resulta de la perpetuación de la división, así como los beneficios y el potencial de adoptar posturas más cooperativas para construir sociedades más inclusivas. Éste es un asunto crítico para 2010 y más allá, por lo que invito a todos a sumarse a nosotros en este reto. ♦